

## CAPÍTULO XXXIX

### SEGUNDA CAÍDA DE VENEZUELA

AÑO 1814

Síntesis cronológica. — Llamado de Bolívar á la opinión. — Papel duplo de Bolívar. — Es investido de la dictadura. — Acuerdo entre Bolívar y Mariño. Crítica situación militar de los independientes. — Combate de Ospino. — Muerte de Yáñez. — Derrota de Campo Elías en La Puerta. — Matanza de ochocientos prisioneros. — Defensa de Victoria por Rivas y Campo Elías. — Combate de Charayave. — Atrocidades de Rosete. — Bolívar se pone en campaña. — Se atrinchera en San Mateo. — Invasión de Boves. — Defensa de las líneas de San Mateo. — Muerte de Campo Elías. — Muerte heroica de Ricaurte. — Combate de Ocumare. — Reunión de Ceballos y Calzada. — Sitio de Valencia. — Avance del ejército de oriente. — Mariño bate á Boves en Boca-chica. — Reunión de los ejércitos de oriente y de occidente. — Batalla del Arado. — Cajigal toma el mando del ejército realista. — Primera batalla de Carabobo. — Errores militares de Bolívar. — Nueva invasión de Boves. — Bolívar y Mariño son derrotados en La Puerta. — Capitulación de Valencia. — Se levanta el sitio de Puerto-Cabello. — Retirada de Bolívar al oriente. — Derrota de Aragua. — Deserción de Bolívar y Mariño. — El tesoro de Bolívar. — Bolívar y Mariño destituidos. — Reacción de los republicanos en el oriente. — Triunfo de los republicanos en Maturín. — Derrota de Piar en Cumaná. — Rivas y Bermúdez. — Derrota de los republicanos en Urica. — Muerte de Boves. — Morales general en jefe de los realistas. — Toma de Maturín. — Muerte de Rivas. — La paz del sepulcro. — Guerrillas independientes. — Retirada de Urdaneta á Nueva Granada. — Ocupación de Casanare. — Aparición de José Antonio Páez. — La insurrección de Margarita.

#### I

El año XII había sido en Venezuela año de lucha sin tregua y de grandes cataclismos naturales, políticos y sociales. El año XIII fué de triunfos y de reveses, de guerra sin misericordia y de reacción violenta. Iniciado con el restableci-

miento de la república, termina con la decadencia política y militar de su revolución, y se repiten en él los mismos fenómenos en el orden social determinantes de los acontecimientos. El año XIV será de evoluciones dentro del mismo círculo de acción, de peripecias y de matanzas inauditas, que terminará por dos catástrofes con la repetición de las escenas de 1812, señalando su segunda caída trágica.

Bolívar, en medio de los peligros que le rodeaban al terminar el año XIII, con su autoridad dictatorial no bien cimentada, sintió la necesidad de llamar en su auxilio la opinión para agregarse fuerzas morales, porque no hay poder por grande que sea, que pueda prescindir del concurso de las voluntades sin caer en el vacío. La dictadura era una necesidad de los tiempos, y él la había justificado con sus triunfos en pro de la independencia nacional, aunque haciéndola servir á su engrandecimiento personal y á su anhelo de vanagloria; pero no era reconocida en toda la extensión del territorio dominado por las armas libertadoras, y tenía que compartirla con un rival poderoso, sin más títulos que los de la fuerza uno y otro. De aquí la necesidad de darle una base legal, al menos en su forma. Todo se reducía á una simple evolución dentro de los elementos de fuerza que constituían la dictadura de hecho, para revestirla como tal siquiera fuese del ropaje del derecho consentido. Bolívar, que había considerado funesta la restauración de la primitiva república federal y prematura é impracticable la convocación de un congreso, imaginó que podía hacer un llamamiento á la opinión, convocando una especie de asamblea política que legitimase su dictadura. Este momento señala en la vida del libertador una nueva fase, que con modificaciones aparentes y cambiantes de colorido, se ha de repetir periódicamente en el curso de su gran carrera bajo faz dupla, con luces de reflejo y luces propias. Jamás ningún hombre público presentó mayores contradicciones entre la palabra y la acción. Poseído



de una insaciable ambición en que se mezclaba lo sublime y lo impuro, como en los torrentes que arrastran el lodo del fondo en sus ondas impetuosas, buscaba con avidez la realidad del poder supremo sin control que repudiaba en teoría, y renunciaba teatralmente el mando absoluto de que estaba en posesión, y que tenía que ejercer por necesidad y por deber, protestando no aceptarlo jamás, para recibirlo después sin condiciones como lo buscaba. Es una escena de su gran comedia política, en que contradiciéndose á sí mismo, expondrá con sinceridad moral una doctrina, que prácticamente no podrá serle aplicada. De esta duplicidad proviene, que él sea el inventor en Sud-América de las repetidas renunciaciones de los que identificados con el poder, hacen falsa ostentación de desinterés, señalando los peligros de la perpetuidad de los gobernantes en una democracia, sin la sinceridad de Washington ni el ánimo deliberado de San Martín. Hay que tenerlo en cuenta. En medio de su grandeza, de su influencia preponderante, con un temperamento más que autoritario, monocrático, amando con toda su alma y sensualmente el poder como lo amaba y creyendo irremplazable su persona, desde este día, en que hizo un llamamiento, aunque de mera forma á la opinión, siempre invocó la alta autoridad de los congresos representantes de la opinión, cedió algunas veces ante sus deliberaciones libres, y aun para hacer prevalecer sus excéntricas teorías constitucionales ó satisfacer su anhelo de vanagloria, buscó en todo tiempo su sanción y compartió con ellos su responsabilidad, hasta que al fin se inclinó ante el voto del último congreso que puso el sello del destino á su última renuncia impuesta forzosamente por la opinión á que apelara en 1814.

Para evitar la complicación de un congreso nacional, — cuya elección y reunión era por otra parte imposible, — y siguiendo la tradición municipal de los cabildos abiertos, á que la revolución diera representación popular y privilegios

parlamentarios, y aun facultades constituyentes, convocó una asamblea de notables, compuesta de las corporaciones civiles y de los padres de familia de la capital, á la que atribuyó por una ficción convencional, la soberanía del pueblo y el poder de dictar la ley suprema. Dióle cuenta de su administración dictatorial, que sometió á su fallo; abdicó en sus manos la potestad de que se había investido, y protestando no poder ni querer continuar en ella, cuando su espada era el único punto de apoyo de la república vacilante, la volvió á recibir incondicionalmente de las manos en que por ficción la entregaba, después de representar su doble papel. Era la renovación de la escena al recibir el título de libertador, que se repetiría constantemente con cambio de palabras y sin variación de asunto, en circunstancias y condiciones análogas.

La peroración de Bolívar, en esta ocasión, — elocuente, difusa, declamatoria, personal, patriótica y espontánea como todas las suyas, — es el único recuerdo que de la asamblea de Caracas en 1813 haya quedado, y sólo merece recordarse como manifestación compleja de la naturaleza de un grande hombre de acción y pensamiento en un momento solemne. Pronunció tres discursos: uno para abdicar la dictadura, haciendo el elogio de sus acciones; otro para excusarse de continuarla, al hacer su biografía; uno final, para consagrar su apoteosis en vida, confirmado por la asamblea, y aceptar incondicionalmente el poder dictatorial. Jamás héroe alguno fué más héroe de sus discursos que Bolívar. Él dijo en tal ocasión: « Yo no os he dado la libertad. Yo no soy el soberano. » Vuestros representantes deben hacer vuestras leyes. Anhe- » lo por el momento de transmitir este poder á los represen- » tantes del pueblo, y espero me eximiréis de un destino » que alguno de vosotros podrá llenar dignamente. » Pero agregaba inmediatamente, al dar cuenta de sus actos: « Para » salvaros de la anarquía y destruir los enemigos admití y



» conservé el poder soberano. Os he dado leyes, os he  
 » organizado una administración: os he dado un gobierno.  
 » Vuestro honor se ha repuesto; vuestras cadenas han sido  
 » despedazadas; he exterminado vuestros enemigos, y os he  
 » administrado con justicia ». Ante el voto de la asamblea  
 de continuar ejerciendo la dictadura como una necesidad  
 pública, después de « oír con rubor » según sus palabras,  
 pronunciar su elogio, trazó él mismo el cuadro de su vida  
 pública desde la proscripción hasta la reconquista, y al mez-  
 clar incidentalmente al propio encomio de sus acciones el de  
 sus compañeros de trabajos, replicó con palabras elocuentes,  
 bellas máximas y protestas ficticias subentendidas, en que  
 reconociendo contradictoriamente la necesidad de la dicta-  
 dura, insistió en abdicarla: « Yo no he venido á oprimiros con  
 » mis armas vencedoras: he venido á traeros el imperio de  
 » las leyes. No es el despotismo militar el que puede hacer  
 » la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede  
 » jamás convenir sino temporariamente á la república. Un  
 » soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar á  
 » su patria; no es el árbitro de las leyes ni del gobierno: sus  
 » glorias deben confundirse con las del país. Yo os suplico  
 » me eximáis de una carga superior á mis fuerzas. Elegid  
 » vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno  
 » justo; y contad con las armas que han salvado la repú-  
 » blica ». La asamblea lo proclamó unánimemente dictador,  
 y le votó por aclamación una estatua en vida que perpetuase  
 la memoria de su desinterés en los triunfos. Él se sometió  
 ante la insistencia, reconociendo la necesidad imperiosa de la  
 dictadura, y declaró que no pretendía con supercherías,  
 afectar una perfecta moderación para arrancar sufragios.  
 « Los oradores han hablado por el pueblo. Ciudadanos! en  
 » vano os esforzáis porque continúe ilimitadamente en ejer-  
 » cicio de la autoridad que poseo. Las asambleas populares  
 » no pueden reunirse en toda Venezuela sin peligro, lo

» conozco, y me someto á mi pesar á recibir la ley que las  
 » circunstancias me dictan. Confieso que ansío impaciente-  
 » mente por el momento de renunciar á la autoridad. Enton-  
 » ces espero que me eximiréis de todo, excepto de combatir  
 » por vosotros. Os suplico no creáis que mi moderación es  
 » para alucinaros, y para llegar por este medio á la tiranía.  
 » No soy un Pisistrato (1). »

Fuerte moralmente Bolívar con el voto de confianza de  
 sus conciudadanos, que á pesar de sus formas artificiales era  
 dictado por un sincero entusiasmo, él comprendía que la lucha  
 era desesperada sin la concentración de todas las fuerzas  
 independientes, y que esto no era posible sin un acuerdo  
 franco y patriótico con Mariño. En uno de sus discursos á la  
 asamblea había designado al « libertador de oriente como  
 digno de regir los destinos de la república » para propiciarse  
 su buena voluntad. Dando un paso más en este sentido,  
 resolvióse al fin á reconocer como hecho que se imponía la  
 doble dictadura, y se dirigió á su émulo al reclamar su  
 cooperación en términos tan dignos y moderados como  
 firmes: « Repetidas veces he implorado los auxilios de V. E.,  
 » para que marchando á cubrir con sus tropas á Calabozo,  
 » se impidiera el que los enemigos la ocuparan; y para que  
 » destinándolas contra Boves cooperasen con las de Caracas  
 » á su destrucción. Suplícole me revele las causas que han  
 » influido para unas determinaciones tan contrarias, en tanto  
 » que, á nombre de la libertad comprometida de la república,  
 » le pido instantáneamente todos sus socorros para soste-  
 » narla ». Reconocido Mariño como jefe supremo del oriente,  
 firmóse entre ambos dictadores un tratado (mediados de enero);  
 uniendo sus armas y esfuerzos contra el enemigo común.

(1) « Acta popular celebrada en Caracas el día 2 de enero de 1814. »  
 (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. 46, núm. 906.)



Ya era tarde. La lucha se prolongaría, pero la república de Venezuela estaba por segunda vez irremisiblemente perdida.

## II

Como se explicó antes, los llanos estaban perdidos: Yáñez ocupaba á Barinas y Boves á Calabozo. El occidente reaccionaba, y el ejército triunfante en Araure tenía que retroceder para cubrir su retaguardia amenazada, al mismo tiempo que Cajigal y Ceballos en el litoral de Sotavento reaccionaban, formando un nuevo ejército para tomar de nuevo la ofensiva. Evacuada la provincia de Barinas por las fuerzas republicanas que la defendían, Urdaneta, que había suspendido su marcha hacia Coro, retrocedió para ampararla; pero ya era tarde, Yáñez, triunfante, avanzaba con 4,000 hombres por la falda oriental de la cordillera, con su fuerza dividida en dos columnas de maniobra. Urdaneta, trasmontó la cordillera hacia el oriente, y reunió como 700 hombres en Ospino, al oeste del campo de batalla de Araure. Puestos ambos cuerpos de ejército uno frente de otro, empeñóse la pelea con orden por una y otra parte. La caballería llanera, mandada por Yáñez en persona, cargó sobre la infantería patriota, y su jefe cayó muerto herido por dos balazos. La victoria quedó por los independientes. El cadáver de Yáñez, fué dividido en trozos y sus miembros repartidos en varias localidades teatro de sus hazañas y de sus crueldades (febrero 2). Sucedióle en el mando su segundo Sebastián de la Calzada, que de soldado raso habíase elevado al rango de coronel, y que no menos bárbaro que su muerto jefe, vengó su muerte y los ultrajes á su cadáver incendiando el pueblo de Ospino, que abandonó después del combate.

Boves, mientras tanto, avanzaba hacia el corazón de Ve-

nezuela, al frente de un ejército de llaneros, que los historiadores hacen subir exageradamente al número de 8,000 hombres. Bolívar había dispuesto que saliese á su encuentro Campo Elías, con una columna de 4,500 hombres, que se situó en la villa del Cura á la entrada del Llano-Bajo, donde tenían los republicanos un gran parque, destinado á armar un cuerpo de ejército del oriente, que al mando de Mariño debía acudir á aquel punto según lo convenido entre los dos dictadores. El auxilio de oriente no acudió, y el vencedor del Mosquitero quedó solo para hacer frente á la tremenda invasión. Boves desprendió una columna de 4,200 hombres al mando del español Francisco Rosete, otro monstruo de la raza de Zuazola y Antoñanzas, que excedería á éstos en atrocidades. Esta columna destacada, penetró por los valles del Tuy, y ocupó Ocumare á 83 kilómetros al oeste de Caracas (11 de febrero). Á pesar de no haber encontrado sino una débil resistencia, pasó á cuchillo hombres, mujeres y niños, degollando hasta los que se refugiaron en el templo, hecho inaudito hasta entonces en el transcurso de la guerra á muerte. La ciudad de Caracas, temerosa de ser atacada, se fortificó, preparándose á una defensa á todo trance.

Al anuncio de la invasión de Boves, que avanzaba degollando cuantas partidas caían en su poder, Campo Elías se adelantó como 12 kilómetros á su frente, hasta el lugar llamado La Puerta, por ser el sitio donde se reúnen los caminos que de los llanos conducen á varios puntos del Aito y Bajo llano. Varios ángulos salientes de la cordillera oriental se avanzan por el norte, y hacia el sud se desenvuelve una vasta llanura, marcándose con caracteres definidos los lindes de las dos zonas limítrofes. En este sitio se trabó la batalla (febrero 3). La formidable caballería de Boves, con su gran masa, aplastó la división de Campo Elías en dos horas de combate, haciendo pedazos su infantería que pasó á cuchillo. Boves fué gravemente herido en la pelea. Su segundo Mora-



les, con 1,000 jinetes y 300 cazadores de infantería montada, penetró á los valles de Aragua, y avanzó sobre Victoria punto intermedio al oeste de Caracas y Valencia. Campo Elías, con sus destrozados restos, se replegó y atrincheró en la Cabrera, la angostura cercana á Valencia, tristemente famosa por la desgraciada defensa que en ella hiciera Miranda en 1812.

Rivas, el vencedor de Naquitao y Horcones, que mandaba en la capital, acudió con 1,000 hombres y 5 piezas de artillería en defensa de Victoria, donde fué sitiado. Atacado allí por Morales y reducido al recinto de la ciudad, se defendió tenazmente, quedando la mitad de su tropa fuera de combate (10 de febrero). Iba ya á sucumbir, cuando se levantó en el horizonte una nube de polvo que hizo renacer la esperanza en los sitiados. Era el impertérrito vencedor de Mosquitero y el vencido en La Puerta, que al frente de 220 hombres acudía desde la Cabrera de Valencia en auxilio de la plaza. Protegido en su entrada á las trincheras, por una vigorosa salida que hizo Rivas atacando por la espalda al enemigo que saliera á contener á Campo Elías, ambas fuerzas reunidas rechazaron un nuevo asalto que llevó Morales, aunque á costa de grandes pérdidas. El jefe realista, vióse obligado á levantar el sitio, y perseguido en su retirada hacia el Cura, perdió toda su artillería.

Triunfante Rivas de Morales, marchó á los valles del Tuy en persecución del feroz Rosete al frente de 800 hombres, y lo asaltó en el pueblo de Charayave, deshaciéndolo completamente. No dió cuartel á los prisioneros. Desde Charayave, avanzó hasta pueblo de la sabana de Ocumare, donde encontró desparramados en sus calles como trescientos cadáveres insepultos de niños, mujeres y hombres sacrificados bárbaramente por el feroz Rosete (2). Sobre ellos juró Rivas

(2) Los historiadores españoles pasan por alto la excursión de Rosete,

venganza, y exterminio de la raza española. El famoso caudillo margariteño Juan Bautista Arismendi, que mandaba en Caracas en ausencia de Rivas, hizo el mismo juramento. Estos juramentos eran precursores de una de las hecatombes más sangrientas que recuerda la historia.

### III

Bolívar, que después de ser proclamado dictador habíase puesto en campaña, recibió en Puerto-Cabello la infausta noticia de la derrota de Campo Elías en La Puerta. Una vez más se ponía á prueba la fortaleza de su alma en los contrastes. Trasládose inmediatamente á Valencia, donde estableció su cuartel general, reconcentrando todos sus destacamentos dispersos, sin levantar el sitio de Puerto-Cabello á cargo de D'Eluyar con las tropas granadinas, y llamó á sí el grueso de la división de Urdaneta, quien quedó en Barquisimeto con sólo 700 hombres haciendo frente á la invasión del occidente. En tan críticas circunstancias recibió una consulta del comandante de la Guayra. « Que hago en estos momentos de peligro » con la multitud de españoles que existen en las prisiones de » esta plaza : ellos son numerosos y la guarnición muy poca ». Bolívar tomó la pluma y contestó en el acto : « Ordeno que » inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles

y ni siquiera lo nombran. Díaz, en sus « Recuerdos de la Revol. de Caracas », pág. 156, refiriéndose á él, dice : « Un cuerpo de tropas mandado por un hombre incapaz de un mando ». — Además del parte de Rivas, que puede tacharse de parcial, da testimonio de estas atrocidades el presbítero Juan de Orta, como testigo presencial, en oficio de 22 de febrero de 1814 dirigido al provisor y vicario general, en que dice : « Sobre trescientos cadáveres cubren las calles, fosos y montes de la » inmediatez (de esta plaza). El santuario de Dios vivo fué violado. La » sangre de tres víctimas inocentes riega el pavimento ».